

DARÍO OSORIO CÁCERES

**DANIEL Y EL
CUERNO DORADO**



Áurea Ediciones

Capítulo I:

El huérfano, la abadía y los jesuitas

Mi nombre es Daniel y soy un onironauta. Como sospecho que no tienen la más remota idea de lo que significa, se los voy a explicar. Un onironauta es una persona que puede practicar la oniromancia, una forma de adivinación basada en los sueños; es decir, que utiliza los sueños para predecir el futuro. Aunque parece imposible, les puedo jurar que, a través de los sueños que tengo, soy capaz de saber lo que va a ocurrir. Sin embargo, debo confesar que no siempre fue así; hasta hace unos meses atrás, era un niño normal, igual que ustedes. Yo no sabía que tenía esta habilidad, y he tenido que vivir una aventura increíble para averiguar que la interpretación de los sueños es un arte y una práctica humana milenaria, de la que se conservan registros escritos

de más de tres mil quinientos años de antigüedad. Pero creo que debo contar la historia desde el principio, para que puedan entender de lo que hablo.

En primer lugar, deben saber que soy huérfano, lo que significa que no tengo familia. Vivo en una vieja abadía de monjes jesuitas, ubicada en una pequeña, pero hermosa isla al sur del país. No tengo recuerdo de mis padres o de algún otro lugar distinto a la abadía. Incluso en mi recuerdo más temprano, ya me encontraba bajo el cuidado de los religiosos, pues llegué a vivir con ellos siendo muy pequeño. Según me han contado, me encontraron vagando solo a las afueras del bosque. Tenía aparentemente unos cuatro años y no pronunciaba palabra alguna. Cuando me preguntaron mi nombre, simplemente los miré sin decir nada. Las autoridades resolvieron que era mejor que permaneciera bajo el cuidado de los curas, hasta que mis padres o familiares fueran a buscarme. Aquello nunca ocurrió, y fue así como terminé al cuidado de los religiosos, convirtiéndome en su mozuelo. Como no sabían mi nombre, me tuvieron que rebautizar y me llamaron Daniel, que significa justicia de Dios o El Justo. Lo segundo que deben saber de mí es que mi apariencia es de lo peor, ya que soy albino y parezco muerto viviente salido de una película de terror. Mi tez es pálida, tengo ojos saltones de color celeste, y unas ojeras moradas permanentes, que me dan la apariencia de un cadáver andante, por lo que suelo ser el hazmerreír de los otros niños. Y lo tercero, es que estoy pronto a cumplir catorce años, o eso cree el doctor del centro de salud que me visita de vez en cuando. Como soy huérfano, no tengo acta de nacimiento, pero celebro mi cumpleaños el 22 de junio, que fue el día que llegué a vivir a la abadía.

El claustro en el que vivo, que antaño fue un monasterio de monjes misioneros jesuitas, fue construido para albergar a los religiosos de la orden que llegaron a la isla a inicios del siglo pasado. La Compañía de Jesús fue fundada en Francia en 1540 por San Ignacio de Loyola, y su misión es de reconciliación, ya que esperan que los hombres y las mujeres puedan reconciliarse con Dios, consigo mismos, con los demás y con la creación de Dios, que en esta isla no sería una mala idea. Me enseñaron que los jesuitas llegaron al territorio continental en 1593, y su labor se centró en educar a los nativos del territorio. Sin embargo, parece que al rey de España no le gustaba la idea, porque los expulsó de sus territorios en el año 1767. Los religiosos que construyeron este monasterio fueron de los pocos que se quedaron para continuar con la evangelización en la zona más austral del país. En resumidas cuentas, los jesuitas son una orden similar a los franciscanos, pero estos son menos gordos y no tan calvos.

La antigua abadía, que fue construida en 1804, hace ya poco más de doscientos años, se encuentra frente a la costa occidental de la isla, coronando un risco que da hacia el mar, muy cerca de la caleta de pescadores. Es una construcción arcaica, hecha principalmente de madera y adobe. Tenemos dormitorios, biblioteca, cocina, bodegas, una capilla y hasta un cementerio. Mi lugar favorito de todo el monasterio, luego de la biblioteca, es el campanario. Desde lo más alto se puede ver la caleta, el pueblo y hasta el bosque. Al llegar el ocaso, se forman unos mágicos arbores, como si alguien jugara a colorear un lienzo celeste con un inmenso pincel invisible y una mezcla de colores sin igual; las más bellas puestas de sol que he presenciado en mi corta vida. Este peculiar y antiguo monasterio es mi hogar, y lo

adoro con todo mi ser.

El hermano Perfecto es quien está a cargo de la abadía y del grupo de religiosos que viven en ella. Es un hombre alto, delgado, de cara afilada, pelo cano y ojos color miel. Tiene mal carácter y también muy mal aspecto. Yo creo que estiró la pata hace años, pero nadie se lo ha dicho. Es un hombre de pocas palabras; solo oigo su voz rasposa y cortante cuando celebra la misa del domingo. Muy pocas veces he hablado con él, ya que siempre está en su estudio encerrado trabajando. No sé bien en qué, pero sé que tiene mucho trabajo. En realidad, creo que nunca he hablado con él.

El segundo al mando, por así decirlo, es el padre Alberto, un sacerdote de más de trescientos años según dicen los niños del pueblo. Su cara está curtida por cientos de arrugas, unas sobre otras, y sus ojos celestes como el cielo le otorgan una mirada fría y penetrante, y aunque generalmente se muestra un tanto tosco y duro, es un anciano muy dulce y querendón. Un día, hace varios años atrás, una gran tormenta con truenos y relámpagos pasó por la isla, y los pescadores y aldeanos se refugiaron en sus casas y también en el monasterio. Todos se reunieron en el salón bajo el campanario, pero yo estaba tan asustado, que me escondí en la alacena de la cocina. El padre Alberto me sorprendió lloriqueando, y como en otras ocasiones similares, había mojado mis pantalones de puro susto. Recuerdo que me tomó entre sus brazos para tranquilizarme y me cobijó bajo una pila de mantas, para luego darme a beber un chocolate caliente. Se quedó acompañándome hasta que la tormenta cesó, ya que no era capaz de moverme. Él me ha cuidado todos estos años, y es lo más parecido a un padre que he tenido. Me conoce tan bien, que siempre sabe lo que siento

o lo que pienso. De hecho, cuando me llama la atención y yo me siento enojado por dentro, siempre me dice: “¡No pienses esas cosas! ¡Y no maldigas, que es pecado!”. Jamás entendí cómo sabe lo que estoy pensando, es como si leyera mi mente.

Además del padre Perfecto y el padre Alberto, viven en la abadía el padre Luis, encargado del abastecimiento y compra de víveres, el padre Francisco, a cargo de la mantención del lugar, el padre Octavio, quien es el encargado del servicio a la comunidad y, finalmente, el padre Clemente, del cual nunca he tenido certeza de su obligación, ya que siempre está durmiendo en la bodega. También viven con nosotros un grupo de monjas de la congregación de las Carmelitas Descalzas, quienes se encargan de la cocina y del aseo diario de la abadía. Debo confesarles que siempre me ha causado gracia su nombre; no entiendo por qué se llaman así, si en realidad no andan descalzas, sino que usan esos zapatitos negros como de ballet. En fin, todos ellos vendrían siendo mi familia.